

Las diversas formas de la labor intelectual de Ortega y Gasset¹

Javier Zamora Bonilla²

Recibido: 19-06-2021 / Aceptado: 27-09-2021

Resumen. La labor intelectual de José Ortega y Gasset fue muy diversa y sus modos de actuación muy diferentes en distintos momentos de su vida. En este artículo se da cuenta sucinta de los mismos para mostrar cómo la cátedra, el periódico, las organizaciones políticas o las empresas editoriales que impulsó intentaron contribuir a un mismo afán de modernización de su país. Frente a la bibliografía que intenta resaltar alguno de estos aspectos, aquí se muestra cómo todos ellos formaron parte del quehacer orteguiano aunque con distinta intensidad en cada momento. Ortega representó esa función del intelectual contemporáneo que con sus ideas intentó influir en la opinión pública, pero sin abandonar nunca la concepción filosófica del intelectual como el que busca la verdad.

Palabras clave: José Ortega y Gasset; intelectual; política; prensa; editoriales.

[en] The Various forms of Ortega y Gasset's Intellectual Work

Abstract. José Ortega y Gasset's intellectual work was very diverse and his modes of action were very different at different times in his life. This article gives a succinct account of them to show how the chair, the newspaper, the political organizations or the publishing companies that he promoted tried to contribute to the same desire to modernize their country. Faced with the bibliography that tries to highlight some of these aspects, here it is shown how all of them were part of Ortega's work, although with different intensity at different times. Ortega represented the function of the contemporary intellectual who with his ideas tried to influence public opinion, but without ever abandoning the philosophical conception of the intellectual as the one who seeks the truth.

Keywords: José Ortega y Gasset; Intellectual; Politics; Press; Publishing Companies.

Sumario: El intelectual piensa contra opinión pública. El quehacer intelectual de Ortega. Labor intelectual para la nueva sensibilidad. Enfangarse en política. Intelectual en tiempos de exilio. Bibliografía.

Cómo citar: Zamora Bonilla, J. (2021). Las diversas formas de la labor intelectual de Ortega y Gasset. *Res Publica. Revista de Historia de las Ideas Políticas*, 24(3), 355-366.

El intelectual piensa contra opinión pública

Este artículo tiene como objetivo presentar la diversa labor que como intelectual ejerció José Ortega y Gasset en la primera mitad del siglo XX. No vamos entrar aquí en el debate de si el nacimiento del “intelec-

tual” se produjo a finales del siglo XIX con el *affaire Dreyfus* o podemos hablar ya de intelectuales en el sentido moderno desde el siglo XVIII, los llamados “escritores públicos”³. Partimos de la idea de que el intelectual se diferencia del pensador clásico –que también presenta notables diferencias a lo largo de la

¹ Este artículo se enmarca en el proyecto de investigación “Redes intelectuales y políticas: la tradición liberal en torno a José Ortega y Gasset” (FFI2016-76891-C2-2-P), financiado por la Agencia Estatal de Investigación (AEI) del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades y el Fondo Europeo de Desarrollo Regional (FEDER) de la Unión Europea.

² Universidad Complutense de Madrid
E-mail: jzamora@cps.ucm.es

³ Sobre la figura del “intelectual” y su función se han escrito ríos de tinta desde finales del siglo XIX. Uno de los libros que más influencia ejerció en su momento fue el de Julien Benda, *La trahison des clercs*, París, Grasset, 1927. Casi todos los “intelectuales” se han pronunciado en el último siglo y medio sobre el tema, unos para anunciar la traición a su quehacer, como el citado Benda, otros para anunciar su muerte o su reviviscencia e influencia. Ortega, como veremos, también lo hizo. Para una panorámica general de Francia, el país en el que el debate surgió y ha sido más intenso, sirven de referencias algunos textos clásicos como el de Michel Winock, *Le siècle des intellectuels*, París, Éditions du Seuil, 1999, y Pascal Ory y Jean-François Sirinelli, *Les intellectuels en France. De l'affaire Dreyfus à nos jours*, París, Armand Collin, 1987. Para el caso de España, pueden consultarse, dentro de una amplísima bibliografía, las obras de Paul Aubert, *La frustration de l'intellectuel libéral. Espagne, 1898-1939*, Cabris, Éditions Sulliver, 2010; Santos Juliá, *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004, y Víctor Ouimette, *Los intelectuales y el naufragio del liberalismo (1923-1936)*, Valencia, Pre-Textos, 1998. Sobre el surgimiento de los intelectuales es interesante el comentario de Santos Juliá en su introducción al libro citado *Historia de las dos Españas*, op. cit., pp. 9-20. Sobre el debate de los intelectuales antes de los intelectuales, puede verse, Javier Fernández Sebastián, “De la «República de las letras» a la «Opinión Pública»: Intelectuales y política en España (1700-1814)”, en Salvador Rus Rufino, coord.: *Historia, filosofía y política en Europa moderna y contemporánea*, León, Universidad de León, 2004, pp. 13-40; y la voz “Escritor”, expuesta por Juan Francisco Fuentes en Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes, dirs.: *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Madrid, Alianza, 2002, pp. 280-283. Una definición del intelectual como el que busca la verdad, en el sentido orteguiano que luego veremos, puede verse en Maurice Blanchot, *Los intelectuales en cuestión. Esbozo de una reflexión*, Madrid, Tecnos, 2003.

historia desde su origen en Grecia— en que pretende llevar su mensaje a un núcleo más amplio de la sociedad que las élites políticas, religiosas, económicas, culturales y académicas, para lo que intenta influir en la conformación de la opinión pública a través de actuaciones que buscan una repercusión general. La palabra, hablada y escrita, pero, sobre todo, pública, no sólo publicada sino lanzada al público, es lo que caracteriza a este “intelectual” contemporáneo, que se valdrá de los nuevos medios de comunicación para hacer llegar su mensaje, para comunicar con el gran público, representado por la “nación” o el “pueblo”⁴. El que se suele considerar acto simbólico del nacimiento del intelectual contemporáneo es, no en vano, la publicación en un periódico de París, *L'Aurore*, de un artículo de Émile Zola titulado “J'accuse...!” el 13 de enero de 1898 que provocó un cisma en el discurso nacionalista francés de la posguerra francoprusiana entre los *dreyfusards* y los *antidreyfusards*.

Este tipo de actuación en los medios de comunicación o en otras tribunas supuso traer la filosofía, la historia, la sociología, la literatura, el arte, la ciencia, el pensamiento —en fin— al espacio público, a la esfera pública, por decirlo en expresión de Habermas. Sócrates abandona, voluntariamente, el ágora y prefiere influir en un grupo reducido de discípulos a los que enseñarles a idear para alcanzar el conocimiento de la verdad. Su fin es político —recordemos que se definía a sí mismo como un tábano contra el poder establecido—, pretende mejorar la *polis*, pero su actuación no la lleva a cabo desde las instituciones políticas sino desde la pedagogía que habla a cada discípulo; su fin es, por tanto, mejorar al hombre concreto para que muchos hombres mejores puedan influir en el curso de la ciudad. Frente a los sofistas, que dicen saber, que se proclaman sabios, y que enseñan cuestiones prácticas para la vida pública como la retórica, la filosofía socrática nace contra la *doxa*, contra la opinión, y especialmente contra la opinión pública, la opinión que se ha generalizado, incluyendo la religiosa. Recordemos cómo Calicles, mientras debate con Sócrates sobre el derecho natural del más fuerte a gobernar en el diálogo conocido como *Gorgias*, según nos cuenta Platón, invita al maestro a dejarse de andar por los rincones con los jóvenes, a abandonar la filosofía —que afirma ser una cosa ridícula cuando se es un hombre maduro, aunque esté bien practicarla en la juventud— y, sobre todo, a irse a la plaza pública a ganar fama con su buen decir, y hacer negocio. Mas Sócrates, que prefirió ser fiel a sí mismo aun a riesgo de ser condenado a beber la cicuta, que prefirió el ocio frente al negocio, siguió pensando libremente

contra la *doxa*, contra los dioses de la ciudad, y buscando la verdad. La filosofía es, por tanto, según Ortega, “para-*doxa*”:

La *doxa* es la opinión espontánea y consuetudinaria —escribe—, más aun, es la opinión “natural”. La filosofía se ve obligada a desasirse de ella, a ir tras ella o bajo ella en busca de otra opinión, de otra *doxa*, más firme que la espontánea. Es, pues, para-*doxa*⁵.

Ortega escribe que “Sócrates es el primero en darse cuenta de que la razón es un nuevo universo, más perfecto y superior al que espontáneamente hallamos en torno nuestro”. En este, “las cosas visibles y tangibles varían sin cesar, aparecen y se consumen, se transforman las unas en las otras”, pero “en cambio, los conceptos puros, los *logoi*, constituyen una clase de seres inmutables, perfectos, exactos”. Y añade: “Debió ser una emoción sin par la que gozaron estos hombres que, por vez primera, vieron ante su mente erguirse los perfiles rigurosos de las ideas, de las «razones»”. Y concluye Ortega: “*El tema del tiempo* de Sócrates consistía, pues, en el intento de desalojar la vida espontánea para suplantarla con la razón pura”⁶. La filosofía no puede aceptar ninguna opinión que no encuentre fundamento en sí misma, en su propio proceso reflexivo sobre el Ser, sobre la realidad, ninguna opinión que no se apoye en los principios que ha ido asentando como ciertos el proceso del pensamiento desde la radicalidad. Mas la filosofía no es sólo “para-*doxa*” sino también “hetero-*doxia*”, porque es poner en cuestión la opinión, pensar de forma distinta a la opinión común, pensar contra la opinión pública, contra el “tópico”⁷, la filosofía es ir frente a la opinión vulgar, la que comparte la mayoría de la gente, bien para negarla bien para ratificarla si es verdadera, pero no puede darla por supuesta, por cierta. La filosofía no puede dar por sentada ninguna opinión ni ninguna creencia, salvo las que el filósofo alcanza por sí mismo, incluso aquellas que ha ratificado la ciencia. Si no, la ciencia sería algo inmóvil, estático, y, como bien sabemos, ha ido cambiando y alcanzando nuevos niveles de verosimilitud, si queremos decirlo con Popper, a lo largo del tiempo, o, si queremos decirlo con Ortega, ha ido aproximándose a la verdad, sumando verdades al integrar distintas perspectivas y superando el grado de error a que tiene derecho cada tiempo.

El filósofo empieza a filosofar poniendo en cuestión las creencias de su tiempo, incluso las más firmes: las religiosas, las científicas, las políticas. Tiene que poner todo en duda para encontrar un nuevo punto de

⁴ Evidentemente, también habría que considerar cómo ha ido cambiando la opinión pública y su conformación a lo largo de la historia, pero aquí vamos a centrarnos en lo que importa para entender la figura de Ortega.

⁵ J. Ortega y Gasset, *¿Qué es filosofía?* (1929, aunque de edición póstuma en 1957), en *Obras completas*, Madrid, Taurus / Fundación José Ortega y Gasset, 2004-2010, t. VIII, p. 303. Se citarán en adelante esta edición por el número de tomo en romanos y las páginas en arábigos siguiendo este esquema: VIII, 303.

⁶ J. Ortega y Gasset, *El tema de nuestro tiempo* (1923), III, 590-591.

⁷ En *El Hombre y la Gente. [Curso de 1939-1940]*, Ortega y Gasset escribe: “Para que una idea personal auténtica, y que fue evidente cuando la pensó un individuo, llegue a ser «opinión pública» tiene antes que sufrir esa dramática operación que consiste en haberse convertido en tópico, y haber —por tanto— perdido su evidencia, su autenticidad y hasta su actualidad; todo tópico como es un uso, es viejo como todos los usos”, IX, 343.

anclaje desde el que pensar o reconfirmar los principios existentes. Este proceso supone necesariamente un ensimismamiento, es decir, salir de la alteración natural y encerrarse momentáneamente en sí mismo. Este es el origen de la filosofía. Ortega dirá que este punto de anclaje desde el que pensar nuestro tiempo es la vida, nuestra vida, mi vida, la de cada cual. Cuando el filósofo se queda solo consigo mismo, cuando emprende ese soliloquio al que se refería Antonio Machado –“mi soliloquio es plática con este buen amigo// que me enseñó el secreto de la filantropía”–, cuando se extraña del mundo que forma, según Ortega y Gasset, la otra parte de su ser, de su vida –“yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo”⁸–, se queda perplejo ante la realidad de la que se ha distanciado –recordemos la *Guía de perplejos* de Maimónides que tanto le gustaba a Ortega y Gasset– y, entonces, la mira y admira con los ojos del extrañamiento de la lechuga. Esa distancia, ese extrañamiento, esa mirada y esa admiración son necesarias para empezar a entender, pero no suponen una ruptura abrupta con el mundo, con su paisaje, con su circunstancia, porque esa epojé del mundo natural no puede ser absoluta: la persona lleva en sí su mundo y sólo puede pensarlo y expresárselo a sí mismo en un lenguaje ya constituido. En esta actitud del filósofo está el primer acto contra la *doxa* y contra las creencias, no necesariamente para negarla/s, sino para ponerla/s en cuestión, y reafirmar o encontrar un nuevo fundamento.

El pensador se cuestiona el mundo patente porque en su trato con él existen cuestiones que no le encajan, que no cuadran con la nueva sensibilidad con la que se acerca a la comprensión del mismo. En el ensimismamiento, el filósofo reconduce a su interior el mundo natural en el que habita, para pasarlo por el tamiz del pensamiento. Sólo así puede reabsorber su circunstancia para salvarla, para activar en libertad todas sus potencialidades. Como bien señala Jaime de Salas: “De ese ensimismamiento surge paradójicamente la posibilidad de una acción significativa sobre el mundo”⁹. Ortega lo mostró de forma muy clara en su artículo “El Intelectual y el Otro”, en el que se ven resonancias de *Meditaciones del Quijote*:

Ser intelectual no es cosa que tenga que ver con el yo social del hombre. No se es intelectual para los demás, con este o el otro propósito, a fin de ganar dinero, de lucir, de sostenerse en el piélagos proceloso de la colectividad. Se es intelectual para sí mismo, a pesar de sí mismo, contra sí mismo, irremediabilmente.

Y añade: “el Intelectual, quiera o no, está siempre deshaciendo y rehaciendo todo en su derredor”. Su

vida “presencia una vez y otra –escribe Ortega– el nacimiento de las cosas y estrena la gracia de que sean lo que son. Va de sorpresa en sorpresa. Su cotidianeidad está hecha de exclusivas sorpresas. Lleva la pupila dilatada de asombro”. Por eso:

El Intelectual no puede, aunque quiera, ser egoísta respecto a las cosas. *Se hace cuestión de ellas*. Y esto es el síntoma máximo del amor. No están ahí para aprovecharlas sin más, como hace el Otro, sino que su vida es servicio a las cosas, culto a su ser. El culto, como lo fueron todos los fuertes cultos, es cruento; es deshacerlas, desmenuzarlas para rehacerlas en su supremo esplendor. Sabe que las cosas no son plenamente si el hombre no *descubre* su maravilloso ser que llevan tapado por un velo y una tiniebla. De aquí que para el Intelectual vivir significa andar frenéticamente afanado en que cada cosa llegue de verdad a ser lo que es, exaltarla hasta la plenitud de sí misma. He ahí cómo y por qué resulta que las cosas sólo son lo que *ellas* son cuando le son al Intelectual¹⁰.

El intelectual tiene que dar razón de ser, razón de cada cosa que es. No es extraño que Leibniz sea para Ortega una referencia desde muy temprano. Y no es extraño que Jaime de Salas haya vinculado a estos dos autores en sus investigaciones y haya destacado “la importancia del uso de la razón como actividad propia del intelectual”¹¹.

No hay nada más contrario a esta actitud que el llamado intelectual comprometido u orgánico, que se autoproclama voz de una clase social, de una colectividad de fieles o de un pueblo o nación, desde la filiación con una doctrina hermética. “Dogma es lo que queda de una idea cuando la ha aplastado un martillo pilón”, dice Ortega¹². El intelectual orgánico y los pseudo intelectuales camuflados bajo la apariencia de hombres de ciencia, escritores o filósofos –que denuncia Ortega en su texto citado de 1940 “El Intelectual y el Otro”– habían sustituido al verdadero intelectual comprometido con el descubrimiento de la verdad, por eso la figura social del intelectual, pensaba Ortega y Gasset, había desaparecido en los años 30 y 40 del siglo pasado, como ya había denunciado en 1927 Julien Benda en su libro *La trahison des clercs*¹³.

Otro aspecto que nos gustaría destacar del decir filosófico, y en especial del decir orteguiano, en su dimensión pública es la potencialidad performativa que Ortega y los intelectuales contemporáneos le otorgan al discurso. Su expresión comunicativa no sólo pretende informar a un público, sino, como queda dicho, transformarlo por medio de la puesta en cuestión de

⁸ J. Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote* (1914), I, 757.

⁹ J. de Salas, “Algunas notas sobre Ortega como intelectual público”, en E. Balaguer y C. X. Ardevín, (eds.), *Meditaciones orteguianas*, Valencia, Nexofia / La Torre del Virrey, 2018, p. 134.

¹⁰ J. Ortega y Gasset, “El Intelectual y el Otro” (1940), V, 623-630.

¹¹ J. de Salas, “Leibniz y Ortega y Gasset”, *Logos: Anales del Seminario de Metafísica*, 1, 1992, p. 536. Y su libro *Razón y legitimidad en Leibniz. Una interpretación desde Ortega*, Madrid, Tecnos, 1994.

¹² J. Ortega y Gasset, “El Intelectual y el Otro”, V, *op. cit.*, 630.

¹³ J. Benda, *La trahison des clercs*, París, Grasset, 1927.

la opinión pública y la construcción de una nueva. Este carácter performativo del lenguaje, al que ha dado tanta importancia Quentin Skinner¹⁴, pretende construir una nueva realidad y, para ello, necesita de una esfera pública en que las condiciones de comunicación, como ha mostrado Habermas, sean propicias para la difusión del pensamiento y para el diálogo libre dentro de un espacio público de deliberación racional¹⁵.

¿Pero es posible escuchar la voz de los intelectuales y que esta tenga poder transformador en este espacio público de deliberación racional? Lo cierto es que la autoridad vertical del intelectual se ha diluido, primero, ante el peso de la tecnocracia y la especialización y, segundo, ante la potestad horizontal de las redes sociales en las que existe lo que Manuel Arias Maldonado ha llamado un “pluralismo cacofónico”¹⁶. Los intelectuales han sido sustituidos o por los técnicos o por los tertulianos, que incluso cuando representan la figura tradicional del intelectual han perdido su función esencial del ensimismamiento, viven constantemente alterados por la actualidad.

El quehacer intelectual de Ortega

En el ejercicio de esta función intelectual con el fin de pensar de forma heterodoxa y paradójicamente, es decir, contra la *doxa* común, José Ortega y Gasset fue, sin duda, un ejemplo brillante, como lo fue Miguel de Unamuno, quizá el más “paradójico” de los pensadores españoles contemporáneos. Ortega supo utilizar como pocos las plataformas que tuvo a su disposición desde muy joven y que él mismo fundó o contribuyó a fundar desde muy temprano y a lo largo de su vida para ejercer esta función intelectual. Podemos diferenciar varias formas de su modo de actuar sin que esto suponga un orden de prelación:

A. La publicación de artículos, primero en algunos periódicos y revistas desde 1902 y luego en el diario familiar *El Imparcial* (1904-1913 y 1917), y los medios, algunos efímeros y otros de largo recorrido, que contribuyó a fundar o en los que sus ideas ejercieron un influjo notable: las revistas *Faro* (1908), *Europa* (1910) y *España* (1915), el diario *El Sol* (1917-1931 y circunstancialmente en 1933 y 1935), *Crisol* (1931), *Luz* (1932-1933) y la *Revista de Occidente* (1923-1936), sin olvidar su presencia en la prensa argentina a través de los diarios porteños *La Prensa* (1911-1914) y *La Na-*

ción (1923-1937 y circunstancialmente en 1940 y 1952).

- B. La labor en editoriales: Calpe, luego fusionada con Espasa, en la que dirigió u orientó varias colecciones e impulsó la publicación de numerosos libros y traducciones entre 1919 y 1942, y la Editorial Revista de Occidente (1924-1955).
- C. Las asociaciones con un claro perfil político que promovió como la Liga de Educación Política Española (1913-1914) y la Agrupación al Servicio de la República (1931-1932).
- D. Su puesto de profesor de Psicología, Lógica y Ética en la Escuela Superior de Magisterio (1909-1912), su cátedra de Metafísica en la Universidad Central (1910-1936).
- E. Sus labores asesoras y como conferenciante en numerosos foros, entre los que cabe destacar la Residencia de Estudiantes (1910-1936) y la Residencia de Señoritas (1915-1936), el Centro de Estudios Históricos (1910-1916) y el Instituto de Humanidades (1948-1949), que fundó junto a sus hijos y un grupo de amigos, entre ellos su discípulo Julián Marías. A estas actividades habría que añadir, entre otras muchas, los cursos y conferencias en Buenos Aires en 1916, 1928 y 1939-1940, Lisboa en 1944, y numerosas instituciones europeas, principalmente alemanas, entre 1949 y 1955, y su viaje a Aspen (Estados Unidos) por el bicentenario del nacimiento de Goethe en la primera de estas fechas.

No pretendemos hacer aquí un recorrido biográfico exhaustivo por esta labor intelectual de Ortega¹⁷, sino mostrar algunos hitos de este camino intelectual y la vinculación entre los mismos para destacar la importancia de esta labor, que está estrechamente unida al proyecto filosófico orteguiano. Ortega tuvo claro desde muy joven que tenía que hacer su obra de pensador no sólo desde la cátedra sino que tenía que utilizar otros medios y, principalmente, la plazuela pública que es el periódico, como él mismo afirmó, aunque no sin albergar, al principio, dudas sobre la conveniencia de escribir en la prensa o si fuera mejor publicar tratados académicos para diferenciarse de los que llamaba articulistas como Miguel de Unamuno o Azorín. Santos Juliá señaló que Ortega quería distanciarse del estilo de la Generación del 98 y plantear un pensamiento político más proyectivo que crítico: “Unamuno, y con él, todo el estilo 98 –escribe Juliá– le parecía a Ortega obra de energúmenos

¹⁴ Q. Skinner, *Lenguaje, política e historia*, trad. de E. Rinesi, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2007, y *Vision of Politics. I. Regarding Method*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002.

¹⁵ J. Habermas, *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, trad. de A. Doménech, Barcelona, G. Gili, 1981; *Teoría y praxis*, trad. de S. Mas y C. Moya, Madrid, Tecnos, 1987; *Teoría de la acción comunicativa*, trad. de M. Jiménez Redondo, Madrid, Taurus, 1987; y *Conciencia moral y acción comunicativa*, trad. de R. García Cotarelo, Barcelona, Península, 1985.

¹⁶ M. Arias Maldonado, “Los intelectuales en la era digital” en *La Revista del Foment*, 2154 (2007), pp. 16-18. Cf. también su libro *La democracia sentimental: política y emociones en el Siglo XXI*, Barcelona, Página indómita, 2016.

¹⁷ Pueden consultarse las biografías escritas por Jordi Gracia, *José Ortega y Gasset*, Madrid, Taurus, 2014, y Javier Zamora Bonilla, *Ortega y Gasset*, Barcelona, Plaza & Janés, 2002.

que gritaban más de la cuenta para ser tomados en serio¹⁸.

Ortega vinculó tempranamente su proyecto de ser un filósofo que quería escribir su propia filosofía y su desempeño como intelectual que quería influir en su circunstancia, especialmente nacional, pero también europea y, más tarde, americana, para transformarla. Como ha escrito Jaime de Salas, “[d]esde 1914 hasta 1932, Ortega tuvo una proyección intelectual y pública probablemente inigualada y, en gran medida, logró potenciar la filosofía académica en España, justamente al destacar en esas otras actividades que podemos llamar preacadémicas¹⁹. En el folleto con el que anunció en 1914 la publicación de *Meditaciones del Quijote*, Ortega presentó el libro como “el *idearium* patriótico, estético y científico que una generación enuncia al empezar su vida²⁰. Veía, por tanto, su obra como una expresión generacional que buscaba una transformación de su país en términos políticos, estéticos y científicos. *Meditaciones del Quijote* era, según expresión del propio autor, un libro escrito por “un profesor de Filosofía *in partibus infidelium*” que daba a la imprenta “unos ensayos de varia lección y no muchas consecuencias”, algunos de los cuales versarían sobre “temas de alto rumbo; otros sobre temas más modestos, algunos sobre temas humildes”, y “todos, directa o indirectamente” sobre “las circunstancias españolas”. Para él, estos “ensayos de amor intelectual” –escribía en clara referencia a Spinoza– eran “–como la cátedra, el periódico o la política– modos diversos de ejercitar una misma actividad, de dar salida a un mismo afecto²¹. Su labor buscaba un mismo propósito, activo y afectivo, desde las aulas universitarias, las planas de los periódicos y las acciones políticas como la que recientemente había echado a andar con la Liga de Educación Política Española que presentó unos meses antes en el Teatro de la Comedia, de Madrid, con su conferencia “Vieja y nueva política”. Ortega, como señaló Vicente Cacho Viu, se convirtió en un líder intergeneracional²².

La publicación de artículos fue, sin duda, la empresa intelectual de mayor dimensión que Ortega emprendió, como mostró Gonzalo Redondo²³. Tras las dudas iniciales sobre si debiera verter su obra en los periódicos, lo cierto es que el filósofo publicó, como es sabido, el grueso de su obra en la prensa. Casi todos sus libros aparecieron primero en forma de artículos, incluyendo varios cursos universitarios

o públicos que pasaron de ser lecciones a artículos de periódico y, después, capítulos de libros como *El tema de nuestro tiempo* (que procede de su curso universitario de 1921), *La rebelión de las masas* (que procede en gran parte del curso impartido en Buenos Aires en 1928 titulado “Meditación de nuestro tiempo. Introducción al presente”), *Meditación de la técnica* (que viene de un curso en la Universidad Internacional en Santander de 1933, salvo la parte de “Ensimismamiento y alteración” que viene del curso que estaba impartiendo en Buenos Aires sobre “El Hombre y la Gente” en 1939 y que no había sido publicada en prensa), la primera parte de *Historia como sistema y Del Imperio Romano* (que procede de una conferencia no impartida que le propuso la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias en 1934 y de los materiales de los cursos universitarios de aquellos años, excepto la parte sobre Roma que no procede de un curso sino de una serie de artículos publicada en *La Nación*, de Buenos Aires, en 1940) y *En torno a Galileo* (que procede del curso de 1933 “Sobre la época de Galileo. 1550-1650. Ideas en torno a las generaciones decisivas en la evolución del pensamiento europeo”). Entre 1902 y 1940, Ortega publicó con regularidad y, a veces, con intensidad en la prensa española y argentina, y no sólo eso sino que orientó editorialmente las revistas *Faro*, *Europa* y *España*, y, sobre todo, el diario *El Sol*, en el que entre 1917 y 1920 fue además la pluma anónima que marcaba la línea política e intelectual de esta moderna empresa periodística promovida por Nicolás María de Urgoiti, en la que Ortega publicó regularmente entre diciembre de 1917 y marzo de 1931, y circunstancialmente en 1933 y 1935 cuando ya no dependía de Urgoiti. Algunos de sus artículos políticos tuvieron un enorme impacto en la opinión pública. Valgan dos ejemplos muy conocidos: “Del momento político. Bajo el arco en ruina” (*El Imparcial*, 13-VI-1917) y “El error Berenguer” (*El Sol*, 15-XI-1930). En el primero, pedía unas Cortes Constituyentes porque consideraba agotado el régimen de la Restauración. En el segundo, afirmaba rotundo que la Monarquía debía ser derrocada y había que construir un nuevo Estado republicano.

Como ha mostrado Ignacio Blanco Alfonso²⁴, Ortega utilizó numerosos géneros periodísticos para llegar a un público amplio. Conocía bien el mundo de la prensa porque su familia Gasset era la propietaria de *El Imparcial*, el principal diario liberal de la época en la España de finales del siglo XIX, y su padre, Or-

¹⁸ S. Juliá, “Ortega y la presentación en público de «la intelectualidad»”, *Revista de Occidente*, 216 (mayo 1999), p. 57. Cf. también el capítulo dedicado a Ortega en sus *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004.

¹⁹ J. de Salas, “Sobre el concepto de *escolasticismo* en Ortega y el problema de la comunicación: comentario al epígrafe 20 de *La idea de principio en Leibniz*”, en R. R. Aramayo y C. Roldán (eds.), *Mundos posibles. El magisterio de Antonio Pérez Quintana*, Madrid, Plaza y Valdés, 2013, p. 94.

²⁰ Puede verse reproducido en la edición facsímil y crítica del centenario de *Meditaciones del Quijote*, ed. de J. Zamora Bonilla y J. Ramón Carriazo Ruiz, Madrid, Alianza Editorial / Residencia de Estudiantes / Fundación José Ortega y Gasset - Gregorio Marañón, 2014.

²¹ *Ibidem*, p. 13, y I, 747, con ligeras variantes, pues suprime la expresión “y no muchas consecuencias” a partir de la segunda edición de 1921.

²² V. Cacho Viu, *Los intelectuales y la política. Perfil público de Ortega y Gasset*, prólogo de J. Varela Ortega, introducción y edición de O. Ruiz-Manjón, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.

²³ G. Redondo, *Las empresas políticas de Ortega y Gasset*, Madrid, Rialp, 1970.

²⁴ I. Blanco Alfonso, *El periodismo de Ortega y Gasset*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2005.

tega Munilla, era un reconocido periodista y literato, director primero de la hoja literaria de *El Imparcial*, conocida como *Los Lunes*, y, después, director del diario y figura principal del *Trust* de la prensa que agrupó a varios medios liberales en 1906. Los primeros artículos del joven filósofo fueron de crítica literaria, algo que continuó haciendo durante muchos años, añadiendo también la crítica de arte y las reflexiones sobre los distintos movimientos artísticos de su tiempo, la crónica de viajes, el artículo filosófico, la necrológica, etc. Desde 1907, una buena parte de sus contribuciones en la prensa tuvieron como tema la política, a veces con reflexiones de fondo y propuestas sugestivas e innovadoras, y otras, con aspectos aparentemente menores de la realidad de su país. En el fondo, unos y otros artículos, fueran filosóficos, de crítica literaria, de política, etc. buscaban un mismo fin: mover la opinión pública hacia lo que llamó la nueva sensibilidad del siglo XX, que significaba poner en cuestión las creencias establecidas en el siglo anterior –en realidad en toda la Modernidad desde el siglo XVII– y replantearse los principios del arte, de la literatura, de la ciencia, del amor, de la política, de la filosofía. Cuando Ortega presentaba un libro, cuando hablaba de un movimiento político o de una medida gubernamental, cuando meditaba sobre un sentimiento como el amor, cuando hablaba de las vanguardias, cuando describía un momento histórico, intentaba enfocarlo siempre desde una perspectiva nada moderna pero muy siglo XX, parafraseando uno de sus títulos famosos²⁵. Esta perspectiva suponía integrar el imperativo de cultura con el imperativo de vitalidad:

La nota esencial de la nueva sensibilidad –escribe Ortega en *El tema de nuestro tiempo*– es precisamente la decisión de no olvidar nunca y en ningún orden que las funciones espirituales o de cultura son también, y a la vez que eso, funciones biológicas. Por tanto, que la cultura no puede ser regida exclusivamente por sus leyes objetivas o transvitales, sino que, a la vez, está sometida a las leyes de la vida. Nos gobiernan dos imperativos contrapuestos. El hombre, ser viviente, debe ser bueno –ordena uno de ellos, el imperativo cultural. Lo bueno tiene que ser humano, vivido: por tanto, compatible con la vida y necesario a ella –dice el otro imperativo, el vital. Dando a ambos una expresión más genérica, llegaremos a este doble mandamiento: la vida debe ser culta, pero la cultura tiene que ser vital²⁶.

El desencanto de la vida política y el convencimiento de que tenía que priorizar su obra filosófica

con libros que mostraran su sistema, hizo que Ortega emprendiese a partir de 1932 la que él mismo llamó, con metáfora platónica, su segunda navegación. Había también detrás de esta decisión un cierto sentimiento o convicción de que la inteligencia había fallado en su intento de orientar las cuestiones públicas. En un artículo titulado “Reforma de la inteligencia”, publicado en *Revista de Occidente* en 1926, afirma:

Tal situación impone a la inteligencia una retirada de las alturas sociales, un recogimiento sobre sí misma. Esta retirada no podrá hacerse sino lentamente, paso a paso. Ha intervenido en demasiadas cosas el intelecto para que pueda súbitamente desertar. Pero la nueva trayectoria no puede ofrecer duda. Es preciso tender a que las minorías intelectuales desalojen de su obra todo *pathos* político y humanitario y renuncien a ser tomadas en serio –la seriedad es la gran patética– por las masas sociales. Dicho de otra manera: conviene que la inteligencia deje de ser una cuestión pública y torne a ser un ejercicio privado en que personas espontáneamente afines se ocupan²⁷.

Su experiencia durante la República no hizo sino reconfirmarlo en estas ideas, pero después de la Guerra Civil pensó, no obstante, retomar esta función intelectual que con tanto éxito como sinsabores había desempeñado antes del conflicto, y romper los doce años de silencio que llevaba²⁸. Quiso volver a ejercer de intelectual desde la prensa. Movié hilos y se planteó aceptar algunas invitaciones que le llegaban de distintas partes (en concreto, del diario *España*, de Tánger, que dirigía su amigo y discípulo Fernando Vela; de *La Vanguardia Española*, de Barcelona, que dirigía un primo lejano, Luis de Galinsoga; de sus editores en Estados Unidos y de *La Nación* de Buenos Aires), para publicar nuevamente en los diarios, pero al final no acabó de decidirse porque ni encontró las condiciones económicas que pensaba adecuadas en el exterior ni en España la censura permitía volver a una normalidad razonable en que su libre expresión pudiera ejercerse. Salvo algunos artículos en revistas, unos cuantos artículos en periódicos alemanes durante los años 50, casi desconocidos hasta que se publicaron en la nueva edición de *Obras completas*, y una serie “En torno al «Coloquio de Darmstadt, 1951»” publicada en *España*, de Tánger, y *La Nación*, de Buenos Aires, en 1952, apenas publicó nada en la prensa de la época entre 1940 que rompió por segunda vez con *La Nación* –después de su primera ruptura en 1937– y 1955.

²⁵ J. Ortega y Gasset, “Nada moderno y muy siglo XX”, en *El Espectador I* (1916), II, 165-167.

²⁶ J. Ortega y Gasset, *El tema de nuestro tiempo* (1923), III, 584. Es interesante la lectura “bio-lógica” de Ortega, desde las teorías de Jakob von Uexküll, que ha hecho Taro Toyohira en su tesis doctoral: *La biología de José Ortega y Gasset. Arte y filosofía en las épocas de crisis histórica*, dirigida por D. Hernández Sánchez, Universidad de Salamanca, 2020.

²⁷ V, 210. Es una idea en la que siguió insistiendo en otras ocasiones, por ejemplo, en el curso sobre *La razón histórica*, de 1940, IX, 385, y en “Apuntes sobre el pensamiento, su teurgia y su demiurgia”, de ese mismo año, VI, 4.

²⁸ “[Llevo doce años de silencio...]” (1945), IX, 703-706. Jaime de Salas escribe que “la voluntad [de Ortega] de actuar como hombre público se puede reconocer hasta el final de su trayectoria con iniciativas como el Instituto de Humanidades o las conferencias dadas en Berlín en sus últimos años”, en “Perspectiva y método de la salvación”, en J. Zamora Bonilla (ed.), *Guía Comares de Ortega y Gasset*, Granada, Comares, 2013, p. 240.

Los libros de Ortega tuvieron también un gran predicamento y algunos de ellos, y especialmente *La rebelión de las masas*, alcanzaron impresionantes cifras de venta no sólo en España e Iberoamérica sino también a nivel internacional, sobre todo en Alemania y Estados Unidos. Excepto *Meditaciones del Quijote* (1914), algunos capítulos de los ocho volúmenes de *El Espectador* (1916-1934), sobre todo de los primeros dos volúmenes, *Papeles sobre Velázquez y Goya* (1950), excepto “La reviviscencia de los cuadros” que se publicó en la revista *Leonardo*, y *Cultura europea y pueblos europeos*, que sólo se publicó en alemán en 1954 y procedía de algunas conferencias en Alemania y de una publicación parcial en una revista germana, el resto de libros publicados por Ortega vieron primero la luz en diarios y revistas y, como queda dicho, algunos provenían de sus cursos universitarios o públicos, como varios de los que se publicaron ya de forma póstuma: *¿Qué es filosofía?* y *El Hombre y la Gente*. En realidad, sólo *Meditaciones del Quijote* y *La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva*, inacabado y publicado también póstumamente, había sido pensado desde su origen como libro sin ánimo de darlo a las prensas periódicas. También se planteó agrupar en un libro dos temas que le ocuparon durante sus últimos años, el origen y el epílogo de la filosofía, pero no llegó a darle forma; y extender sus estudios sobre Velázquez y Goya en sendos libros sobre estos dos grandes pintores, pero tampoco llegó a hacerlo.

Labor intelectual para la nueva sensibilidad

Ortega era consciente de que la construcción de una nueva filosofía que pudiera mirar y, por tanto, entender el mundo de otra manera era una obra colectiva que necesitaba agrupar perspectivas diversas, una obra de cultura. Recordemos que presentó su primer gran libro filosófico, *Meditaciones del Quijote*, como “el *idearium*” de una generación. No es extraño, por tanto, que desde muy joven se preocupase por dar a conocer y difundir lo mejor del pensamiento, de la historia, del arte, de la literatura, de la sociología, de la política, de la ciencia que se estaba haciendo a lo largo y ancho del mundo. El 18 de febrero de 1906, desde Berlín, le escribía a su padre para plantearle la posibilidad de fundar una “biblioteca filosófica”, que editaría, en ediciones semipopulares, obras alemanas e inglesas, traducidas por el propio Ortega o por gente “muy enterada”, decía, como Laureano Díez-Cansecos, Gumersindo de Azcárate, Francisco Giner de los Ríos o Manuel Bartolomé Cossío²⁹. Meses después, en diciembre, ya constituida la Sociedad Editorial de España, el citado *Trust* de la prensa del que su padre fue vicepresidente con Miguel Moya como

presidente, le proponía a su progenitor que la Sociedad organizara ciclos de conferencias con científicos españoles de alto nivel e iniciase una “Biblioteca de Cultura”, para la que él mismo haría traducciones. Proponía como conferenciantes a Santiago Ramón y Cajal, Marcelino Menéndez Pelayo, Benito Pérez Galdós, Francisco Giner de los Ríos, Gumersindo de Azcárate, Miguel de Unamuno, Eduardo de Hinojosa y Ramón Menéndez Pidal. El proyecto era que impartieran cursos en Madrid y los repitieran en provincias. Le decía a su padre en una carta del 18 de diciembre de 1906 que la Sociedad, en el peor de los casos, perdería muy poco y, “si cuaja el ensayo”, tendría una utilísima significación cultural³⁰. Dos años después, en febrero de 1909, propuso en la prensa que se crease una “biblioteca científica”, cuya dirección debía encargarse al historiador Eduardo de Hinojosa³¹. Ninguna de estas propuestas juveniles salió adelante.

Cuando su amigo Urgoiti constituyó CALPE en 1919, que pronto se fusionó con Espasa, Ortega fue uno de sus principales asesores. Muchas de sus inquietudes intelectuales se plasmaron allí. Dirigió la “Biblioteca de Ideas del Siglo XX”, fundada en 1922, en la que aparecieron obras como *Ciencia natural y ciencia cultural*, de Heinrich Rickert; *La teoría de la relatividad de Einstein*, de Max Born; *Ideas para una concepción biológica del mundo*, de Jakob von Uexküll; o *La decadencia de Occidente*, de Oswald Spengler. Ortega desempeñó un papel muy relevante en la nueva editorial e impulsó muchos de sus proyectos. Manuel García Morente, su gran amigo que le tenía por maestro aun siendo de la misma generación, dirigió la famosísima “Colección Universal”, en la que se publicaron trescientas ocho obras hasta 1938. Luis Bello se encargó de la colección de “Escritores contemporáneos”, creada en 1921, que publicó obras de Maurras, Barrès, Proust, Unamuno, Chejov, Mann, Giraudoux y Péguy, entre otros. Dantín Cereceda llevó las publicaciones de geografía, historia y viajes. Lorenzo Luzuriaga, la sección pedagógica. Ramón y Cajal, la sección médica y biológica, en la que participaron también Juan Madinaveitia, Gustavo Pittaluga, José Goyanes y Gonzalo R. Lafora. Esteban Terradas dirigió la colección de ingeniería, química y electricidad. Luis de Hoyos Sáinz, la de agricultura y ganadería. Y Jaime Torrubiano Ripoll, la de jurisprudencia. También hubo colecciones de libros de humoristas y poetas, y una de “Libros de Aventuras” con ejemplares de Aimard, Ballantyne, Cooper, Kingston, Marriat, Mayne, Reid, Stevenson, Verne, Assollant, Dana, Defoe, Gérard, Malot, Wyss... Muchos de los directores de estas colecciones eran también los encargados de secciones especializadas en el diario *El Sol*. De esta forma, las empresas de Urgoiti, con el

²⁹ J. Ortega y Gasset, *Cartas de un joven español*, edición, introducción y notas de S. Ortega Spottorno, prólogo de V. Cacho Viu, Madrid, Ediciones El Arquero, 1991, p. 256.

³⁰ J. Ortega y Gasset, *Cartas de un joven español*, op. cit., pp. 266-267.

³¹ J. Ortega y Gasset, “Pidiendo una biblioteca”, *El Imparcial*, 21 de febrero de 1909, I, 235-239.

asesoramiento de Ortega, difundían la cultura universal y, así, buscaban influir en la formación de la opinión pública.

Si alguna de las empresas orteguianas refleja su propósito de estar al tanto de lo que pasaba en el mundo, y hacerse eco de esa nueva sensibilidad que permitiese poner en cuestión las viejas creencias, es la *Revista de Occidente* y la editorial del mismo nombre. Nacida en julio de 1923, la revista apareció mensualmente hasta 1936 en que tuvo que interrumpirse por la Guerra Civil. La dictadura de Franco no permitió que se volviese a publicar hasta 1963, ya muerto su fundador en 1955. La editorial, por el contrario, salvo el breve parón por la contienda civil, continuó su labor. Fueron los hijos de Ortega, y sobre todo José Ortega Spottorno, quienes la impulsaron ante el largo periodo de exilio de su padre. Una parte sustancial del éxito de *Revista de Occidente* se debe al grupo de colaboradores de que Ortega supo rodearse, encabezados por Fernando Vela que fue el secretario de Redacción de la revista y persona clave en la editorial. En la revista colaboraron firmas hoy muy reconocidas pero, entonces, en muchos casos, sólo jóvenes talentos. Podemos destacar a María Zambrano, Benjamín Jarnés, Federico García Lorca, Rafael Alberti, Luis Cernuda, Ramón Carande, Rosa Chacel, Gerardo Diego, Miguel Hernández, Joseph Conrad, William Faulkner, Thomas Mann, Bernard Shaw, Pablo Neruda, Rainer M. Rilke, Robert L. Stevenson, Lytton Strachey, Paul Valéry, Virginia Woolf, Stefan Zweig, Franz Kafka, Ramón Gómez de la Serna, Max Weber, Heinz Heimsoeth, Johan Huizinga, Hermann Graf Keyserling, Manuel García Morente (que fue un colaborador importante en muchas facetas), José Gaos, José Antonio Maravall, Bertrand Russell, Max Scheler, George Simmel, Werner Sombart, Oswald Spengler, entre otros muchos. Lo más llamativo de la revista es la atención que prestó a las ciencias exactas, especialmente a la física, a la biología y a la medicina, que estaban viviendo transformaciones radicales. En la colección “Nuevos hechos, nuevas ideas” de la Editorial Revista de Occidente, nacida en 1924, que dio a las prensas treintinueve títulos entre 1925 y 1935, aparecieron también numerosas obras sobre diversas ciencias. Como bien sabía Ortega, todo nuevo tiempo empieza a mostrar sus síntomas por el arte, y desde la editorial también fomentó el conocimiento de las nuevas corrientes literarias y artísticas, como hizo en la colección *Nova novorum* que dirigió Fernando Vela. Otro tema que apasionaba a Ortega y al que prestó atención la editorial fue la historia, como ya hacía en Espasa-Calpe³².

Enfangarse en política

Se ha discutido mucho si la verdadera vocación de Ortega era filosófica o política. Pienso que no caben dudas, por las propias expresiones del autor, que la primera era su verdadera vocación. En el “Prólogo a una edición de sus *Obras*”, afirma en 1932: “Mi vocación era el pensamiento, el afán de claridad sobre las cosas”³³. Mas Ortega no entendía la filosofía como un pensar encerrado entre cuatro paredes. Su filosofía no sólo tenía una inspiración mundana, como no puede ser de otro modo siendo vital e histórica, sino una eminente vocación práctica, como ha mostrado Pedro Cerezo³⁴. O como dice Jaime de Salas: “el filósofo no puede quedar ajeno a la vida pública”³⁵. Ortega quería –y lo consiguió en gran medida con éxito– construir su propia filosofía, pero también quería transformar el mundo en que le tocó vivir, quería “salvar” su “circunstancia”. Para eso, tenía que actuar sobre ese mundo. Ya hemos visto cómo lo hizo desde la prensa y desde distintas iniciativas editoriales. Otro camino fue la política. A lo largo de su vida pasó por distintas etapas en cuanto a su vinculación política. En una primera, se proclamó socialista liberal y se aproximó al PSOE, aunque dejó claro que ni compartía la interpretación materialista de la historia ni la idea de la lucha de clases. Esto duró, más o menos, hasta 1909, aunque ese fondo socialista está muy presente en etapas posteriores hasta los años de la República. En 1909, ante la crisis del régimen de la Restauración que desembocaría en la Semana Trágica, y después de casi dos años de Gobierno conservador de Antonio Maura –en el que más tarde, a su muerte, Ortega supo reconocer algunas virtudes–, el joven filósofo se aproximó al republicanismo radical de Alejandro Lerroux, aunque no llegó a militar en su partido, pero sí colaboró en alguno de sus diarios. Después, y ante la esperanza de una tercera vía que pudiese transformar el régimen de la Restauración tras la recepción que el rey Alfonso XIII mantuvo en enero de 1913, durante un Gobierno liberal del conde de Romanones, con algunos prohombres de las ciencias (Santiago Ramón y Cajal, José Castillejo, Gumersindo de Azcárate y Manuel Bartolomé Cossío), vinculados al institucionalismo, Ortega intensificó su relación con el Partido Republicano Reformista de Melquíades Álvarez y Gumersindo de Azcárate, nacido el año anterior, y llegó a formar parte de su Junta directiva hasta 1915, e incluso pensó presentarse a las elecciones al Congreso en 1916, aunque acabó rechazando el ofrecimiento. En este contexto es en el que un grupo de intelectuales jóvenes, encabezados por el propio Ortega y Manuel Azaña, promovieron en

³² Para los datos de *Revista de Occidente* y de la Editorial me baso en el índice de la revista entre 1923 y 1936 y en el libro de E. López Campillo, *La Revista de Occidente y la formación de minorías (1923-1936)*, Madrid, Taurus, 1972. También me ha sido útil el catálogo preparado por A. López Cobo, “Revista de Occidente, el renacer de una editorial en el erial del franquismo (1936-1977)”, en M. Cabrera (ed.), *José Ortega Spottorno (1916-2016): un editor, puente entre generaciones*, Madrid, Alianza Editorial, 2016, pp. 175-208. Sobre la nueva literatura en el contexto orteguiano, puede verse A. López Cobo, *Estética y prosa del arte nuevo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2016.

³³ V, 96.

³⁴ P. Cerezo Galán, *José Ortega y Gasset y la razón práctica*, Madrid, Biblioteca Nueva / Fundación José Ortega y Gasset – Gregorio Maraón, 2011.

³⁵ J. de Salas, *Razón y legitimidad en Leibniz. Una interpretación desde Ortega*, op. cit., p. 43.

el otoño de 1913 la Liga de Educación Política Española, que presentó el filósofo en una conferencia en el Teatro de la Comedia, de Madrid, el 23 de marzo de 1914, con el significativo título de “Vieja y nueva política”. La Liga quería mover a las minorías del conjunto de España, y especialmente de provincias, para analizar los problemas sociales de una forma científica y buscar una solución a los mismos, para hacer “experimentos de nueva España”, como dijo en *Meditaciones del Quijote*, libro que recogía párrafos enteros de la conferencia³⁶. Aunque no estaba orgánicamente vinculada al reformismo, los miembros de la Liga coincidían con él en su propuesta de democratizar el régimen de la Restauración.

Ortega se desencantó pronto de las posibilidades que la Liga ofrecía de transformación de la sociedad. No era un hombre de organización, ni le gustaba perder su tiempo en reuniones asamblearias que sentía que le quitaban el que necesitaba para estudiar, pensar y escribir. Así que, como nadie tomó el testigo de la organización una vez lanzado el proyecto, este languideció enseguida. Una buena parte del ideario que lo impulsaba se plasmó en la revista *España*, que Ortega contribuyó a fundar y dirigió durante su primer año de existencia desde enero de 1915. Duró hasta 1924, dirigida sucesivamente por Luis Araquistáin y Manuel Azaña. No era un tiempo fácil, no sólo porque la vida política española sufría una prolongada crisis desde 1898, aunque hubo serios intentos de modernizarla, sino porque el estallido de la Primera Guerra Mundial en el verano de 1914 hizo que el clima político e intelectual se enrareciera aún más, y la confrontación ideológica, plasmada en la lucha entre aliadófilos y germanófilos, se intensificó.

Ortega abandonó el semanario *España* y buscó refugio en *El Espectador*, una revista unipersonal que le permitiese “acotar –decía– una parte de mí mismo para la contemplación”, aun siendo consciente de que “la vida española nos obliga, queramos o no, a la acción política”, y convencido de que “el inmediato porvenir, tiempo de sociales hervores, nos forzarán –escribía en 1916– a ella con mayor violencia”³⁷.

Al poco de salir el primer volumen de *El Espectador*, Ortega se marchó a Argentina para dar conferencias durante un semestre. Este primer viaje a América fue muy importante para él, pero para lo que aquí nos interesa sólo diremos que volvió de Buenos Aires con fuerzas renovadas y volvió a inmiscuirse en política. Con Nicolás María de Urgoiti, intentó controlar *El Imparcial*, el periódico de su familia del que le habían expulsado en 1913 por criticar al Partido Liberal, en el que su tío Rafael Gasset era una figura

relevante, varias veces ministro. Desde esta tribuna periodística, en junio de 1917, como ya hemos dicho, pidió Cortes Constituyentes. Esto hizo que la operación de compra del periódico fracasara, intervención regia mediante, y que Urgoiti tuviera que buscar otra forma de lanzar un gran diario moderno. Así nació *El Sol*, en cuyos primeros pasos para fundarlo no estuvo Ortega, pero sí ya desde su publicación en diciembre de 1917. Ortega fue, como queda dicho, durante tres años la pluma anónima que marcó la línea editorial, no sólo en sentido político sino también intelectual, y el gran asesor de Urgoiti y de los distintos directores, Félix Lorenzo y Manuel Aznar, hasta 1931. En este diario, el filósofo volcó prácticamente toda su obra, incluso cuando empezó a publicar en *La Nación*, de Buenos Aires, a partir de 1923; muchos de sus artículos se publicaron simultáneamente en ambos diarios. Los primeros años de *El Sol* fueron quizá el momento en que Ortega se dedicó más intensamente a la política. La cantidad de artículos publicados con una proyección política de estos años es enorme. Desde las páginas de *El Sol*, Ortega criticó duramente a los gobiernos y lanzó propuestas constructivas como dar entrada en la gobernación del país a los reformistas de Melquíades Álvarez y a los catalanistas de la *LLiga* de Francesc Cambó, lo que acabó sucediendo, pero quizá ya tarde. En una línea muy próxima al reformismo, el diario en su línea editorial y Ortega con su propia pluma propusieron un programa mínimo de Gobierno sobre tres pilares: democratización del sistema, política social y estructura autonómica del Estado³⁸. El filósofo perseguía vertebrar una España que no lo estaba, por decirlo parafraseando su famosa obra *España invertebrada*, que apareció en *El Sol* entre 1920 y 1922³⁹.

Pero nuevamente Ortega se desencantó de esta intensa dedicación política y quiso centrarse en su obra filosófica, aunque la misma seguía saliendo en forma de artículos y buscaba un público amplio, es decir, que seguía ejerciendo su función intelectual de otro modo. Sólo la quiebra de la Dictadura de Primo de Rivera y, con ella, de la Monarquía de Alfonso XIII, junto con la presión de sus discípulos, hizo que Ortega se complicase otra vez en política. Ya hemos recordado su famoso artículo de noviembre de 1931, “El error Berenguer”, en el que pedía derrocar a la Monarquía y dar paso a la República. A principios de 1931 formó, con Ramón Pérez de Ayala y Gregorio Marañón, la Agrupación al Servicio de la República, que apoyó las candidaturas republicano-socialistas en las elecciones municipales del 12 de abril que, convertidas en un *referendum* pro republicano, aca-

³⁶ I, 762.

³⁷ “Verdad y perspectiva” (1916), en *El Espectador* I, II, 159.

³⁸ No es este el lugar para abordar este tema. Cf. al respecto J. Zamora Bonilla, *Ortega y Gasset, op. cit.*, pp. 182 y ss.; y del mismo autor, “Los intelectuales y la crisis del Estado liberal en España. A propósito de la actuación pública de José Ortega y Gasset”, en M. Baió (ed.), *Elites e Poder. A crise do Sistema Liberal em Portugal e Espanha (1918-1931)*, Évora, Edições Colibri / CIDEHUS / UE – Centro Interdisciplinar de História, Cultura e Sociedades da Universidades de Évora, 2004, pp. 353-380; y “El pensamiento político de José Ortega y Gasset”, en P. Carlos González Cuevas (coord.), *Historia del Pensamiento Político Español. Del Renacimiento a nuestros días*, Madrid, UNED, 2016, pp. 325-352.

³⁹ Sobre la importancia de la figura del intelectual para la vertebración de la sociedad desde el conocimiento histórico, puede verse el artículo de Jaime de Salas, “Historia, creencia y convención en Hume y en Ortega”, *Araucaria*, 40 (2.º semestre 2018)], pp. 403-419.

baron trayendo la Segunda República dos días después. Proclamada esta, Ortega reconvirtió la Agrupación en partido político y se presentó a las elecciones a Cortes Constituyentes. Salió diputado y participó en la primera legislatura republicana con algunos discursos importantes sobre la Constitución y sobre el Estatuto de Cataluña. No tenemos aquí el propósito analizarlos⁴⁰. Digamos sólo que Ortega intentó evitar que la República caminase por una senda radical que la llevase a su destrucción por enemigos internos y externos. Tan pronto como en septiembre de 1931 ya dio “Un aldabonazo”:

Una cantidad inmensa de españoles que colaboraron en el advenimiento de la República con su acción, con su voto o con lo que es más eficaz que todo esto, con su esperanza, se dicen ahora entre desasosegados y descontentos: “¡No es esto, no es esto!”.

La República es una cosa. El “radicalismo” es otra. Si no, al tiempo⁴¹.

Ortega, como señala Jaime de Salas, “acertó a anticipar los males del totalitarismo”⁴², que ya corría por Europa desde la Revolución bolchevique y el ascenso del fascismo al poder en Italia. Frente a estos movimientos, el filósofo siguió defendiendo los principios de la democracia liberal, como había hecho en *La rebelión de las masas*. El desencanto con la marcha política de la República hizo que Ortega diese por concluida la experiencia de la Agrupación, no sin antes intentar impulsar un gran partido nacional. Lo hizo entre diciembre de 1931, en que pidió una “Rectificación de la República”, y los primeros meses de 1932. Fracasado este empeño, disolvió la Agrupación al Servicio de la República en el otoño de este año, dando libertad a sus diputados para integrarse en otros grupos. Tampoco se encontraba a gusto con la prensa en la que había publicado desde su salida de *El Sol* en marzo de 1931. Ni *Crisol* ni *Luz*, promovidos por Urgoiti –que estuvo enfermo y no pudo estar al frente de estos proyectos editoriales–, le convencieron; publicó en ellos pocos artículos. El grueso de su producción lo enviaba a *La Nación*, de Buenos Aires. Volvió circunstancialmente a *El Sol* en 1933 cuando Fernando Vela había asumido su dirección, para gritar “¡Viva la República” y pedir “En nombre de la nación, claridad”, tras las elecciones generales de noviembre de 1933 que ganó la CEDA, y luego publicó un artículo suelto sobre Don Juan en este diario en 1935. La Guerra Civil y el exilio hicieron que Ortega abandonase su forma de hacerse presente en

la sociedad a través de los medios de comunicación, salvo los artículos que *pro pane lucrando* siguió publicando en *La Nación*, de Buenos Aires. Con este diario también tuvo problemas y, como ya he comentado. Rompió primero en 1937 porque un articulista le acusó de ser causante de la Guerra Civil. Cuando regresó a Argentina en 1939, volvió a colaborar en él durante unos meses hasta que sus relaciones con el periódico se torcieron nuevamente en 1940. Sólo volvió a publicar en el diario porteño una serie breve de artículos, como también se ha dicho, en 1952, a pesar de lo mucho que le insistieron para que regresara.

Intelectual en tiempos de exilio

Su forma de ejercer su función de intelectual se centró entonces en algo que ya era común desde su juventud, su labor como profesor y conferenciante, un profesor que además había sido capaz de asociar a su alrededor a un gran número de discípulos que irían divulgando su filosofía por el mundo al tiempo que cada uno hacia la suya. Si algo hizo bien Ortega, como dijo su amigo el poeta Juan Ramón Jiménez, fue ser “un imán de horizontes”⁴³, unir en torno suyo las más variadas perspectivas que con finura estaban mirando el mundo intelectualmente de una forma distinta y transformadora.

Ortega siguió desarrollando en los últimos años su filosofía de la razón vital e histórica, desde el principio de que la vida de cada cual es la realidad radical; construía así una “antropología metafísica” que, como señala Jaime de Salas, a diferencia de la mayoría de las filosofías de la segunda mitad del Siglo XX, es una “metafísica en torno a la ultimidad del sujeto” que tiene como guía una “ética de la vocación” en la que la heroicidad de la persona se mide no por su adecuación en su comportamiento a un imperativo categórico, genérico y normativo, sino por el compromiso con la realización del yo insobornable que uno descubre en su interior que quiere ser⁴⁴. Una filosofía que para él suponía una nueva etapa en el pensamiento occidental iniciado en la antigua Grecia. Ortega creía que con su filosofía concluía el modo de pensar racionalista para dar paso a otra forma de pensar que tomaba la vida como centro sin renunciar a la razón. Una filosofía muy siglo XX que venía a transformar el mundo que el joven filósofo se había encontrado a finales del XIX. Ortega intentó siempre ser fiel al imperativo de intelectualidad que sintió muy pronto como su verdadera vocación.

⁴⁰ Sobre la actuación pública de Ortega, puede verse el libro ya citado de J. Zamora Bonilla, *Ortega y Gasset*, Barcelona, Plaza & Janés, 2002.

⁴¹ “Un aldabonazo”, *Crisol*, 9 de septiembre de 1931, IV, 827.

⁴² J. de Salas, “La recepción académica de Ortega. *Status quaestionis*”, *Diálogo filosófico*, 63 (septiembre/diciembre 2005), p. 397.

⁴³ J. R. Jiménez, “Recuerdo a José Ortega y Gasset”, *Revista de Estudios Ortegaianos*, 6 (mayo de 2003), pp. 225-234; originalmente en *Clavileño*, 24 (noviembre-diciembre de 1953), pp. 44-49.

⁴⁴ J. de Salas, “Las *Meditaciones del Quijote* y el problema identitario”, *Revista de Occidente*, 396 (mayo 2014), p. 54. Esta ética es profundamente antikantiana y tiene claras influencias de Nietzsche, Simmel y Scheler, como ha destacado Jaime de Salas para los dos primeros en “La lectura orteguiana de Kant”, *Hispanismo filosófico*, 10 (2005), pp. 7-17.

Bibliografía

- Arias Maldonado, M., *La democracia sentimental: política y emociones en el Siglo XXI*, Barcelona, Página indómita, 2016.
- “Los intelectuales en la era digital”, *La Revista del Foment*, 2154 (2007), pp. 16-18.
- Aubert, P., *La frustration de l'intellectuel libéral. Espagne, 1898-1939*, Cabris, Éditions Sulliver, 2010.
- Benda, J., *La trahison des clercs*, París, Grasset, 1927.
- Blanchot, M., *Los intelectuales en cuestión. Esbozo de una reflexión*, Madrid, Tecnos, 2003.
- Blanco Alfonso, I., *El periodismo de Ortega y Gasset*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2005.
- Cacho Viu, V., *Los intelectuales y la política. Perfil público de Ortega y Gasset*, prólogo de J. Varela Ortega, introducción y edición de O. Ruiz-Manjón, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.
- Cerezo Galán, P., *José Ortega y Gasset y la razón práctica*, Madrid, Biblioteca Nueva / Fundación José Ortega y Gasset – Gregorio Marañón, 2011.
- Fernández Sebastián, J., “De la «República de las letras» a la «Opinión Pública»: Intelectuales y política en España (1700-1814)”, en S. Rus Rufino (coord.), *Historia, filosofía y política en Europa moderna y contemporánea*, León, Universidad de León, 2004, pp. 13-40.
- Fuentes, J. F., “Escritor”, en J. Fernández Sebastián y J. Francisco Fuentes (dirs.), *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Madrid, Alianza, 2002, pp. 280-283.
- Gracia, J., *José Ortega y Gasset*, Madrid, Taurus, 2014.
- Habermas, J., *Teoría y praxis*, trad. de S. Mas y C. Moya, Madrid, Tecnos, 1987.
- *Teoría de la acción comunicativa*, trad. de M. Jiménez Redondo, Madrid, Taurus, 1987.
- *Conciencia moral y acción comunicativa*, trad. de R. García Cotarelo, Barcelona, Península, 1985.
- *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, trad. de A. Doménech, Barcelona, G. Gili, 1981.
- Jiménez, J. R., “Recuerdo a José Ortega y Gasset”, *Revista de Estudios Orteguianos*, 6 (mayo de 2003), pp. 225-234; originalmente en *Clavileño*, 24 (noviembre-diciembre de 1953), pp. 44-49.
- Juliá, S., *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004.
- “Ortega y la presentación en público de «la intelectualidad»”, *Revista de Occidente*, 216 (mayo 1999), pp. 54-72.
- López Campillo, E., *La Revista de Occidente y la formación de minorías (1923-1936)*, Madrid, Taurus, 1972.
- López Cobo, A., *Estética y prosa del arte nuevo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2016.
- “Revista de Occidente, el renacer de una editorial en el erial del franquismo (1936-1977)”, en M. Cabrera (ed.), *José Ortega Spottorno (1916-2016): un editor, puente entre generaciones*, Madrid, Alianza Editorial, 2016, pp. 175-208.
- Ortega y Gasset, J., *Meditaciones del Quijote* (ed.), de J. Zamora Bonilla y J. R. Carriazo Ruiz, Madrid, Alianza Editorial / Residencia de Estudiantes / Fundación José Ortega y Gasset - Gregorio Marañón, 2014.
- *Obras completas*, Madrid, Taurus / Fundación José Ortega y Gasset, 10 tomos, 2004-2010.
- *Cartas de un joven español*, edición, introducción y notas de S. Ortega Spottorno, prólogo de V. Cacho Viu, Madrid, Ediciones El Arquero, 1991.
- Ory, P. y Sirinelli, J.-F., *Les intellectuels en France. De l'affaire Dreyfus à nos jours*, París, Armand Collin, 1987.
- Ouimette, V., *Los intelectuales y el naufragio del liberalismo (1923-1936)*, Valencia, Pre-Textos, 1998.
- Redondo, G., *Las empresas políticas de Ortega y Gasset*, Madrid, Rialp, 1970.
- Salas, J. de, “Historia, creencia y convención en Hume y en Ortega”, *Araucaria*, 40 (2.º semestre 2018)], pp. 403-419.
- “Algunas notas sobre Ortega como intelectual público”, en E. Balaguer y C. X. Ardavin (eds.), *Meditaciones orteguianas*, Valencia, Nexofía / La Torre del Virrey, 2018, pp. 125-135.
- “Las *Meditaciones del Quijote* y el problema identitario”, *Revista de Occidente*, 396 (mayo 2014), pp. 50-61.
- “Perspectiva y método de la salvación”, en J. Zamora Bonilla (ed.), *Guía Comares de Ortega y Gasset*, Granada, Comares, 2013, pp. 231-249.
- “Sobre el concepto de *escolasticismo* en Ortega y el problema de la comunicación: comentario al epígrafe 20 de *La idea de principio en Leibniz*”, en R. R. Aramayo y C. Roldán (eds.), *Mundos posibles. El magisterio de Antonio Pérez Quintana*, Madrid, Plaza y Valdés, 2013, pp. 93-112.
- “La recepción académica de Ortega. *Status quaestionis*”, *Diálogo filosófico*, 63 (septiembre/diciembre 2005), pp. 388-404.
- “La lectura orteguiana de Kant”, *Hispanismo filosófico*, 10 (2005), pp. 7-17.
- *Razón y legitimidad en Leibniz. Una interpretación desde Ortega*, Madrid, Tecnos, 1994.
- “Leibniz y Ortega y Gasset”, *Logos: Anales del Seminario de Metafísica*, 1, 1992, pp. 521-540.
- Skinner, Q., *Lenguaje, política e historia*, trad. de E. Rinesi, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2007.
- *Vision of Politics. 1. Regarding Method*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002.
- Toyohira, T., *La biología de José Ortega y Gasset. Arte y filosofía en las épocas de crisis histórica*, tesis doctoral dirigida por D. Hernández Sánchez, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2020.
- Winock, M., *Le siècle des intellectuels*, París, Éditions du Seuil, 1999.

- Zamora Bonilla, J., “El pensamiento político de José Ortega y Gasset”, en P. Carlos González Cuevas (coord.), *Historia del Pensamiento Político Español. Del Renacimiento a nuestros días*, Madrid, UNED, 2016, pp. 325-352.
- “Los intelectuales y la crisis del Estado liberal en España. A propósito de la actuación pública de José Ortega y Gasset”, en M. Baiôa, (ed.), *Elites e Poder. A crise do Sistema Liberal em Portugal e Espanha (1918-1931)*, Évora, Edições Colibri / CIDEHUS / UE – Centro Interdisciplinar de História, Cultura e Sociedades da Universidades de Évora, 2004, pp. 353-380.
- *Ortega y Gasset*, Barcelona, Plaza & Janés, 2002.